

FILOSOFIA Y SOCIOLOGIA DE LA EDUCACION *

*Por el Dr. Adolfo MALDONADO,
Profesor de la Facultad de Derecho.*

1. *Educación e Imperfección.*—Las leyes ontológicas que gobiernan el mundo, inmanente o trascendentemente (cualquiera que sea la concepción metafísica que se defienda), tales como la experiencia científica va logrando precisarlas, se muestran como necesidades irresistibles, siempre idénticas en igualdad de circunstancias, hasta el grado en que es posible disponer de criterios de identificación y diferenciación.

Los seres vivos, comprendido entre ellos el hombre, en su nuda animalidad, están hechos con arreglo a esas necesidades irresistibles. Cada individuo es una mera repetición o reiteración del patrón o modelo en que está dada la totalidad de posibilidades de las formas de vida de su especie; no es ni más ni menos que otro cualquiera de sus semejantes; nada aprende ni olvida, ni gana ni pierde.

Estos seres son “perfectos”, por estar hechos para “algo”, de manera definitiva y última. Sus posibilidades de variación y acomodación están predeterminadas, dentro de una estructura ya armada, cuya movilidad es limitada y en la que nada puede faltar ni agregarse, y que tampoco puede ser armada u ordenada de manera diferente. Por esto, nada está oculto en ellos; el conocimiento de la especie y el de sus individuos se identifica; conocido un grupo, se conocen todos. Son seres en equilibrio, en los que su “poder” está armonizado con su “querer”.

Agregado a su ser biológico y perfecto, con solo el cual simplemente sería otra especie entre los mamíferos llamados superiores, en cualquier forma en que quiera explicarse su existencia, y en cualquier sitio en que arbitrariamente se le coloque, en un cuadro clasificatorio de los seres, tiene el hombre lo que es llamado su alma, su espíritu, su razón;

* Trabajo presentado al IV Congreso Nacional de Sociología.

su inteligencia, sentimiento y voluntad específicos, dados en la unidad de la conciencia, entendida como el centro de imputación de toda clase de actos psíquicos y vivencias intencionales; conciencia psicológica, gnosológica y moral.

Sin este agregado sobre la animalidad del hombre, nada en el Cosmos sería problemático; todo seguiría su curso indefectible, con la perfección de lo creado de manera definitiva y última; pero este agregado, a virtud del cual es el hombre lo que es, plantea toda la problemática estimativa, no sólo respecto del destino de este ser y de su puesto en el Cosmos, sino, más elementalmente, desde su esencia, necesidades, aspiraciones e ideales, para comprenderlo como ser pensante, afectivo y volante, y centrar en él el íntegro sentido del mundo y de la vida.

Su "humanidad" radica en este agregado, que no está hecho, armado, estructurado, sino que se tiene como embrión de una constelación de aptitudes y de tendencias, ocultas, secretas y misteriosas, que es preciso descubrir, exteriorizar, "e-ducar", en el más diáfano sentido de conducir fuera lo que se encuentra en nuestra más recóndita intimidad. Constelación de aptitudes que puede definirse como "poder", y de tendencias, como "querer", los que, por no estar sometidos a la inexorabilidad de las necesidades irresistibles, abren el campo indefinido de la "revelación" del hombre, haciendo de él un ser abismado en la angustia, y, al mismo tiempo, iluminado con el supremo regocijo de vivir, para esculturarse, mediante su educación, sin limitación conocida, en una amplia y magnífica imperfección.

2. *Educación y Creación.*—Por carecer de unidad realizada, no tiene el hombre una manera preestablecida de obrar, está internamente desarreado, y no puede ponerse en actividad sino cuando adopta una intención, porque, en vez de disponer de un camino a seguir, tiene una pluralidad de puntos de partida, entre los que irremediablemente tiene que elegir, para colocarse en alguno de ellos e iniciar allí su viaje, y como los caminos no están contruídos, una decisión no es más que un momento en una cadena fatal de decisiones, pues, en cualquier punto en que se encuentre, está obligado de nuevo a decidir, sin descanso, aunque, al hacerlo, se coloque en el nivel del animal o por debajo de él; siendo en todo caso, el creador de ese estado de sí mismo, mientras conserve el agregado de su "humanidad".

El tener que decidir es, para el hombre, una necesidad irresistible, comprendida en la esencia de su naturaleza. La actualización de esta ne-

cesidad le proporciona un momento de equilibrio, siempre inestable, circunstancial y transitorio, entre un "poder" y un "querer", como condición para que logre realizar su vida, lo que permite definirlo como: *el-ser-que-tiene-siempre-que-hacer-algo*, y, en primer lugar, como: *el-ser-que-tiene-que-hacerse-a-sí-mismo*, extrayendo, del arcano de su intimidad, los materiales para su autoconstrucción, ordenados de manera adecuada para propiciar su propio destino, que él mismo ha decidido.

Se identifica, en este sentido, la educación, con la obra total creadora del hombre, en todos los ámbitos y en todos los tiempos; en todos los sentidos y en todas las culturas.

Educación es creación, y, por antonomasia, creación del Hombre, humanización del Cosmos. Sólo por ser "e-ducable", es el hombre, *Homo Sapiens*, y, por excelencia, *Homo Faber*.

3. *Educación y Libertad*.—Hundido en la inexorabilidad de las regularidades que gobiernan el mundo, causal o finalistamente, por inmanencia o trascendencia, está el hombre, hecho también inexorablemente, con una parte estructural, definitiva y última, ya armada, en la que nada puede cambiarse, ni nada se puede agregar ni quitar, constitutiva de su animalidad, y, agregada a ella, una no hecha ni armada, que contiene, en embrión, todas las posibilidades de miúrgicas humanas.

No hay una radical separación, una ruptura y falta de continuidad entre la posibilidad combinatoria del poder con el querer animales, por un lado, y del poder con el querer humanos, por el otro; también el animal se auto-dirige, duda, toma resoluciones; pero lo hace dentro de los límites de la variabilidad natural de la articulación móvil de su estructura, armada de una vez para siempre, sin que, en sus movimientos, pueda exceder los límites de desplazamiento impuesto a esa estructura, para operar, dentro de ellos, toda su acomodación o adaptación a las circunstancias.

En cambio, el hombre, además de esa armadura móvil en que se agota su animalidad, tiene piezas desarmadas, pero armables, y puede fabricar otras, sin límite conocido: poderes y quererres que reactivamente se engendran y provocan su desarrollo, su transformación, y, en ocasiones, su aniquilamiento.

Todo poder resulta ineficaz sin el querer actualizante que lo haga realidad, y todo querer resulta vano si no se tiene el poder actualizable;teniéndolos, en su diálogo incesante el querer educa al poder, y cada ampliación de éste educa al querer y le proporciona un mayor campo dispositivo.

Iniciada su construcción en las fronteras animales, es el Hombre creador y criatura de sí mismo: sus incipientes posibilidades crean otras nuevas, y, a su turno, las creadas se incorporan al poder creador, para volver a crear otras, en un proceso indefinido, en que el hombre está re-creándose incesantemente.

Cada una de su nuevas creaciones, con diversa suerte, tiene la tendencia de conservarse, incorporada en un nuevo poder creador; pero es siempre desarmable, y puede olvidarse y desecharse. En todo momento histórico, cada presente es lo que ya se ha logrado realizar, y constituye un nuevo punto inicial, en que vuelven a encontrarse, como en un protoplasma de la Cultura, todas las futuras posibilidades creadoras.

A esta siempre renaciente posibilidad creadora, es a lo que se llama la libertad humana; libertad que no está dada de una vez para siempre, sino que empieza como necesidad natural de liberación, que el hombre debe aprender a utilizar, para actualizarla en cada decisión, dentro del confuso e indiferenciado campo inicial de su conciencia, que, en su polaridad formativa, dispone de lo que ya ha logrado, para realizar nuevas combinaciones de su querer con su poder, y construir una nueva estructuración de su misma conciencia, la que, a su turno, vuelve a ser formativa, en un continuo proceso reactivo, entre esos dos momentos constitutivos de su unidad.

El individuo, por ende, no es libre negativamente: por necesidad irresistible *tiene-que-hacerse-libre*, positivamente, aprovechando, en cada momento, las regularidades de causa a efecto y de fundamento a consecuencia, dentro de sus posibilidades de estructurar lo que tiene desarmado, y reestructurar la obra de sus anteriores construcciones; y a paso y medida de las combinaciones que vaya realizando, y con el mismo ritmo, va ampliando el campo de su libertad.

La experiencia de las reiteraciones, de la repetición de lo mismo; la persistencia de las identidades y las variaciones cíclicas, como meros datos espacio-temporales, permiten afirmar la existencia de los universales, entendidos como recurrencias naturales. Formando parte de ellos, se encuentran las necesidades irresistibles que gobiernan el mundo, las leyes ontológicas que lo conforman deterministamente.

De esos datos no se puede predicar un primer *por-qué* ni un último *para-qué*; no se puede descubrir un primer principio ni un último fin irreductibles.

Paralelamente, la experiencia de las singularidades, de las invenciones sin número; la fugacidad de las formas y las variaciones históricas

de la vida humana, también como aconteceres espacio-temporales, permiten concebir el universal de la libertad humana, de lo que tampoco es posible descubrir un primer principio ni un último fin.

La libertad humana, como un existente entre los existentes, se mueve dentro del campo de las necesidades irresistibles del mundo exterior, en el que el ser del hombre es un existente sometido a las mismas necesidades, aun en sus procesos psíquicos; y así como todas estas existencias son meta-rationales ordenaciones hechas, es la libertad humana un ordenador igualmente meta-racional, puesto en el hombre como necesidad para decidir en todos los procesos de armar, componer o estructurar el campo de su imperfección, agregado a lo concluso y definitivo de su animalidad.

Esa imperfección del hombre es la condición de su libertad, la que lo convierte, por virtud de su actividad, previsión, capacidad de decidir, fantasía y energía propositiva, en una persona, o sea, en un ser moral, capaz de responsabilidad, de culpa y de mérito.

Cada individuo es un modo de realizarse el Hombre; es una manifestación única, insustituible e irrepetible, aunque cada uno de esos modos tenga eventuales y contingentes semejanzas con otros modos, y aunque todos estén contruidos sobre una constelación invariante de significaciones, constitutiva de la esencia de su humanidad; sin embargo de lo cual, cada uno es una singularidad inefable, por el substrato de su personalidad, su idiosincracia, destinada a desenvolverse en el diálogo omnicomprendivo del espíritu, que es tanto diálogo en la intimidad de cada conciencia, como diálogo con las otras conciencias, hasta convertirse en el diálogo majestuoso de la humanidad, en el que participan todos los individuos, generaciones, pueblos y culturas, en cuyo crisol se realiza la obra total actualizadora de todas las posibilidades creadoras del Hombre, en todos los sentidos, laudables o condenables; mezquinos o grandiosos.

Toda esa obra es la obra creadora de la educación por la libertad, y de la libertad por la educación, en la que el Hombre va realizando su Destino.

4. *Educación y Socialización.*—El poder y el querer específicos que por no estar estructurados, actualizados ni preestablecidos, los tiene el hombre en una unidad germinal, confusa e indiferenciada, agregada a su animalidad, para hacer de él *un-ser-que-tiene-que-hacerse-a-sí-mismo*, jamás pueden aprehenderse en su nuda naturaleza, antes de toda construcción, porque dondequiera que un hombre existe, se encuentra en un grupo ya provisto de regularidades inventadas, establecidas por el hom-

bre: lenguaje y símbolos; magia, religión y filosofía; técnica, arte y ciencia; economía, moral, derecho, etc., con una definición más o menos precisa y una elaboración más o menos grandiosa, que dan una fisonomía propia a un grupo: familia, clan, tribu, pueblo, nación o Estado.

Cada nuevo ser, dentro de su grupo, desarrolla su personalidad, recibiendo, inicialmente, antes de revelar ninguna auto-conciencia, las variadas estimulaciones del medio, que le provocan, reactivamente, el auto-descubrimiento y la actualización progresivos de todos los elementos constitutivos de su idiosincracia, hasta hacerlo auto-consciente, en un proceso de ensayos y remedios, para poderse intercomunicar internacionalmente con los seres que entran en contacto suyo, los cuales, a su vez, reaccionan a la manera de comportarse con ellos; y en este creciente proceso de experiencias, va logrando un más profundo dominio de las formas corrientes de la vida de ese ambiente, y, al mismo tiempo, un más certero y amplio descubrimiento de sí mismo.

La disposición de sí mismo, en el grado en que ya haya logrado hacerse, le permite continuar la obra, influyendo en la sociedad que lo rodea, por la conducción, a lo externo, de su complejo de posibilidades de realización. Se establece, así, una incesante y cada vez más intensa, nutrida y generalizada reactividad entre la acción de cada individuo y la que sobre él ejercen las formas comunes del ambiente y las singularidades de los individuos que tienen algún roce con él, en las más variadas circunstancias.

Si se hace abstracción del medio, es impensable toda formación educativa del individuo, como, inversamente, resultan inconcebibles las estructuras sociales, si se hace abstracción de los individuos que han ido dejando su personal aportación en la corriente histórica de los grupos.

Sólo en la tensión incesante entre las singularidades de las personas y las estructuras sociales, es posible encontrar la explicación del Hombre.

Si cada individuo simplemente fuera un repetidor de las formas de su ambiente, sería imposible la existencia del Hombre, pues cada nuevo ser sería una repetición, siempre idéntica, de todos los que le precedieron en la vida; igual a sus contemporáneos y a todos los miembros de las generaciones futuras.

Esa invariabilidad de formas quitaría, a la vida humana, todo lo que la distingue de la vida animal: ser una vida en incesante construcción valorativa.

En el sentido opuesto, si cada individuo realizara una forma singular y propia, diferente en todo a la de los otros, nada habría que sirviera de

medio de intercomunicación, entendimiento o colaboración entre los hombres, hipótesis radicalmente negada por las realidades de la convivencia humana.

Es, pues, la educación, en sus dos corrientes reactivas: la que va, por imitación, del grupo al individuo, y la que, por invención, va de éste a su ambiente, la razón explicativa del proceso socializador.

5. *Educación y Cultura*.—La obra total de los afanes humanos, en que se conjugan las singularidades de los individuos y las particularidades de los grupos, con las uniformidades relativas que en cada momento establece la composición estructural de la unidad social, adquiere una tonalidad peculiar en cada pueblo y aun en cada época histórica, por encima de las naciones y los Estados, constituyendo una modalidad de la Cultura, por las ordenaciones comunes y la regularidad de sus valoraciones dominantes, que llevan el tema fundamental, acompañado, completado y enriquecido, como en una grandiosa polifonía, por todos los legados de los antepasados, próximos y remotos, y por las contribuciones de todos los contemporáneos.

En el seno de esa obra, esencialmente dinámica, se esbozan, desarrollan, luchan; se transforman y desaparecen, para volver a resurgir con variaciones múltiples, a veces como luminoso Renacimiento, los temas parciales, en que encarnan los valores constitutivos de las más variadas aspiraciones humanas. Obra en la que están, en incesante juego reactivo, las tendencias generales de conservación y defensa del estado de cosas existente, y las de combate de ese estado, para substituirlo por obras que ya han estado en la vida, y que se pretende reimplantar en ella, dándoles nueva actualidad, o por otras que nunca han sido experimentadas, y de las cuales se pregonan ser las que deben realizarse en ciertas circunstancias de tiempo y de lugar.

Toda la Cultura es la obra educativa del Hombre; educativo en todos los ámbitos abarcados por su poder y su querer; por su sensibilidad y su razón en todas las manifestaciones de su alma, teórica y práctica; contemplativa y crítica; sentimental y pragmática.

Esta obra educativa se realiza, de manera espontánea, asistemática y omnicomprensiva, en la escuela general de la vida, en el diálogo incesante del espíritu; diálogo que empieza en la falta de estructuración íntima de la conciencia, a la que es preciso ordenar, para prolongarse al exterior, y, en interacción reactiva, continuar con todos los demás seres, no sólo los contemporáneos, sino con todos los que han dejado su huella en las obras que realizaron, construyendo o destruyendo, y que llegan a ro-

zarnos de cualquier manera. Y no se agota allí el diálogo; se prolonga aun con los pósteros, porque la vida humana es un tránsito irrompible entre *lo-que-ha-llegado-a-hacerse* y *lo-que-se-espera-llegar-a-hacer*; vida caracterizada por el recuerdo y por la previsión, en la que el presente encierra el resultado de todos los afanes, aciertos y errores del pasado, y, al mismo tiempo, contiene todas las esperanzas, proyectos y materiales para la edificación del futuro. Por esto, la explicación del presente exige siempre ambas perspectivas, porque lo que es no puede comprenderse sin todo lo que lo hizo actualidad, y porque, igualmente, no puede encontrársele sentido sin los anhelos e ideales que lo han hecho construir, para ser utilizado como medio, en la serie causal operada por la libertad humana, en la esculturación de su vida y en la preparación de su Destino.

La vida humana es una vida peligrosa, porque está siempre amenazada de autodestrucción; es una vida heroica, porque exige la perseverancia y el valor de vivirla, en su abisal destino; y, para no dejarla decaer, para asegurarle un más grandioso desenvolvimiento, la educación se vuelve intencionada y sistemática; institucional y programática; correctora de los vicios y supletora de las deficiencias de la educación del ambiente general. Se ofrece, así, como el único camino para alcanzar las metas del futuro: las realizaciones de la Cultura, en que el Hombre va construyendo su Destino.